



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Sistematización de la experiencia de práctica académica: El tejido de la memoria a través
de las prácticas textiles del grupo "Madejas de la Memoria" en la Biblioteca Diego
Echavarría Misas**

Catherin Andrea Irua Puerres

Informe de práctica presentado para optar al título de Socióloga

Asesor

Raúl Fernando Montoya Ruiz, Magíster (MSc) en Estudios Urbanos Regionales

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Sociología
Medellín, Antioquia, Colombia
2026



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Cita

(Irua Puerres, 2026)

Referencia

Irua Puerres, C. A. (2026). *Sistematización de la experiencia de práctica académica: El tejido de la memoria a través de las prácticas textiles del grupo "Madejas de la Memoria" en la Biblioteca Diego Echavarría Misas* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)

 creative
commons



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

A mis queridos padres, quienes con amor y dedicación han guiado mis pasos desde mis primeros días; ustedes son mi inspiración y mi razón de ser. Gracias por acompañarme en cada etapa de este camino, por enseñarme a creer en mí y por sostener mis sueños con su esfuerzo constante. Han compartido conmigo la belleza y también los desafíos de este viaje, y cada logro alcanzado lleva la huella de su sacrificio, su paciencia y su fe inquebrantable en lo que podía llegar a ser.

Que este logro honre y enaltezca todo el amor que me han entregado.

A mis hermanos, porque con amor y coraje formaron lo que soy ahora y, desde que era niña, alimentaron mi espíritu soñador. Siempre me impulsaron a marcar la diferencia, a no conformarme y a luchar por cada uno de mis propósitos. Han sido compañía, fortaleza y ejemplo; en ustedes encontré apoyo incondicional y palabras de aliento cuando más las necesité.

Para mis sobrinos, Santiago y Samuel, por ser el rayito de luz que ilumina mi hogar y renueva mi esperanza cada día. Gracias por traer a nuestra familia la alegría y la fuerza que me acompañaron durante todo este proceso. Que este logro sea también un ejemplo para ustedes, para que nunca duden de los grandes que pueden llegar a ser.

A mi ángel que me cuida desde el cielo, mi hermano, porque, aunque ya no estés físicamente conmigo, sigues siendo parte de cada paso que doy. En los momentos más difíciles de este camino pensé muchas veces en ti y en la fuerza que siempre transmitías. Este logro también te pertenece, porque crecí a tu lado y tu recuerdo vive en la determinación con la que enfrento la vida. No te llevo desde la ausencia, sino desde el amor que permanece y me acompaña siempre.

Con gratitud y amor eterno, Andrea.

Agradecimientos

Con inmensa gratitud, elevo mis agradecimientos a Dios, por ser mi fortaleza en los momentos de dificultad y mi guía constante en cada paso de este camino. A mis padres y a cada uno de mis familiares, quienes han sido pilares fundamentales en este proceso; su apoyo incondicional, sus palabras de aliento y su confianza en mí hicieron posible que hoy alcance esta meta.

Expreso un agradecimiento especial a mis tíos Óscar, Milton, José y Yolanda, quienes me acompañaron de cerca durante este recorrido, brindándome ánimo, consejo y respaldo sincero. Los admiro profundamente y valoro cada gesto de apoyo que me ofrecieron a lo largo de esta etapa.

A mi querido asesor, Raúl Fernando Montoya Ruiz, por su orientación rigurosa, su disposición permanente y su acompañamiento crítico en la construcción de este trabajo. Su guía fue fundamental para fortalecer mi mirada académica y dar solidez a esta investigación.

A la Biblioteca Diego Echavarría Misas, por abrirme sus puertas y permitirme desarrollar este proceso en un espacio cultural comprometido con la comunidad, donde encontré no solo un lugar de práctica, sino también un escenario de aprendizaje y crecimiento profesional. Asimismo, a Eliana y Liliana, por su apoyo constante, por el trabajo compartido y por acompañarme con generosidad en este paso tan significativo.

Finalmente, a mi querida Alma Mater, por formarme con excelencia, por enseñarme a pensar críticamente y por brindarme las herramientas necesarias para asumir la investigación con responsabilidad y compromiso. Cada enseñanza recibida deja una huella indeleble en mi formación y en el camino profesional que hoy continúo construyendo.

Con profunda gratitud, Andrea Irua.

Tabla de contenido

Resumen	9
Abstract	10
Introducción	11
1. Planteamiento del problema.....	12
1.1. Pregunta de sistematización.....	13
1.2. Antecedentes.....	13
2. Justificación	16
3. Objetivos	18
3.1. Objetivo general	18
3.2. Objetivos específicos.....	18
4. Marco teórico/ Marco Conceptual.....	19
5. Metodología	21
6. Resultados	23
6.1. Configuración del proceso y construcción progresiva del espacio comunitario:.....	23
6.2. Narrativas y símbolos en las creaciones textiles: el tejido como lenguaje expresivo.....	26
6.3. El tejido como lenguaje: procesos de elaboración y circulación de vivencias:	28
6.3.1. Activación de la memoria en la materialidad cotidiana:	29
6.3.2. Cuidado y vínculo como condiciones de la narración:.....	30
6.3.3. Memoria sensorial y territorio: inscripción situada de la experiencia colectiva.....	32
6.3.4. Narración fragmentaria y condensación simbólica del proceso:	34
7. Discusión.....	36
7.1. El hacer textil como mediación relacional: temporalidad, cuidado y condiciones de posibilidad.	36
7.2. Configuraciones simbólicas y núcleos de sentido: memoria, cuidado, cotidianidad y territorio.	37

7.3. El tejido como lenguaje social: elaboración y circulación de vivencias.....	38
8. Conclusiones	41
Referencias	42

Lista de figuras

Figura 1 Encuentro colectivo de trabajo textil en la Biblioteca Diego Echavarría Misas (febrero–julio 2025).	23
Figura 2 Participación intergeneracional en los encuentros de tejido comunitario.	25
Figura 3 Piezas bordadas con inscripción simbólica y figuras narrativas.....	26
Figura 4 Intervención colectiva de prendas conservadas como soporte de memoria.	27
Figura 5 Práctica textil en proceso: concentración y gesto manual sostenido.	37

Siglas, acrónimos y abreviaturas

APA	American Psychological Association
Esp.	Especialista
MSc	Magister Scientiae
Párr.	Párrafo
PostDoc	PostDoctor
UdeA	Universidad de Antioquia

Resumen

Esta investigación sistematiza la experiencia desarrollada en el grupo comunitario *Madeiras de la Memoria*, vinculado a la Biblioteca Diego Echavarría Misas del municipio de Itagüí en encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025, con el propósito de comprender cómo el tejido se configura como un lenguaje mediante el cual las mujeres participantes narran y comparten sus vivencias en el marco de encuentros sostenidos durante seis meses.

Desde el enfoque de la sistematización de experiencias, se realizó una reconstrucción crítica del proceso a partir de doce diarios de campo, registros fotográficos de las piezas textiles y documentos institucionales del proyecto. El análisis articuló las categorías de tejido como práctica social, memoria colectiva y habitus, con el fin de examinar las condiciones relacionales y simbólicas que posibilitaron la circulación y elaboración de experiencias en el espacio comunitario.

Los hallazgos muestran que el hacer textil desborda su dimensión técnica y opera como mediación situada de expresión, en la medida en que el ritmo compartido, la materialidad y la continuidad temporal de los encuentros favorecen la elaboración de memorias afectivas, familiares y territoriales. El tejido no funciona únicamente como producción de objetos, sino como práctica relacional que habilita reconocimiento, vínculo y construcción de sentido.

Se concluye que la capacidad expresiva del tejido no reside en la pieza terminada, sino en las condiciones sociales que, en la interacción sostenida, lo constituyen como lenguaje.

Palabras clave: tejido comunitario, memoria colectiva, sistematización de experiencias, habitus, prácticas culturales.

Abstract

This research systematizes the experience developed within the Madejas de la Memoria (Skeins of Memory) community group, linked to the Diego Echavarría Misas Library in the municipality of Itagüí, during meetings held between February and July 2025. Its purpose is to understand how weaving is configured as a language through which the participating women narrate and share their experiences within the framework of meetings held over six months.

From the perspective of systematizing experiences, a critical reconstruction of the process was carried out using twelve field journals, photographic records of the textile pieces, and institutional documents of the project. The analysis articulated the categories of weaving as a social practice, collective memory, and habitus, in order to examine the relational and symbolic conditions that enabled the circulation and elaboration of experiences within the community space.

The findings show that textile making transcends its technical dimension and operates as a situated mediation of expression, insofar as the shared rhythm, the materiality, and the temporal continuity of the meetings foster the elaboration of affective, familial, and territorial memories. Weaving functions not only as the production of objects, but also as a relational practice that enables recognition, connection, and the construction of meaning.

It is concluded that the expressive capacity of weaving does not reside in the finished piece, but in the social conditions that, through sustained interaction, constitute it as a language.

Keywords: community fabric, collective memory, systematization of experiences, habitus, cultural practices.

Introducción

La memoria colectiva constituye un campo central para la sociología, en la medida en que permite comprender cómo los grupos producen sentidos compartidos sobre lo vivido y lo transmiten en el tiempo. Lejos de ser un depósito neutro de recuerdos individuales, la memoria se construye socialmente: emerge en marcos de relación, se activa en prácticas concretas y se inscribe en lenguajes disponibles que habilitan o limitan aquello que puede ser recordado y compartido.

Desde esta perspectiva, las prácticas culturales comunitarias ofrecen un escenario privilegiado para observar la memoria en acto. No se trata únicamente de relatos verbales sobre el pasado, sino de experiencias situadas que se elaboran en gestos cotidianos, en formas de encuentro sostenido y en objetos que condensan afectos, vínculos y trayectorias. Este enfoque adquiere especial relevancia cuando se trata de prácticas históricamente asociadas a lo doméstico y a lo femenino, como el tejido o el bordado, que con frecuencia han sido reducidas a actividades manuales desprovistas de densidad simbólica, pese a su potencia como soportes de transmisión intergeneracional y elaboración de vivencias.

La presente sistematización se desarrolla en Itagüí (Antioquia), un territorio atravesado por una tradición textil que forma parte de su identidad social e histórica. En particular, se aborda la experiencia del grupo comunitario Madejas de la Memoria, vinculado a la Biblioteca Diego Echavarría Misas, encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025, con la participación sostenida de aproximadamente 12 a 15 mujeres. A lo largo de los encuentros mensuales, el hacer textil se articuló con lecturas, dinámicas simbólicas y momentos de conversación, configurando un espacio orientado al cuidado, la memoria afectiva y la construcción de vínculos comunitarios.

Este trabajo se inscribe en la modalidad de sistematización de experiencia de práctica, entendida como un enfoque metodológico que permite reconstruir críticamente un proceso vivido desde dentro, explicitar aprendizajes y comprender los sentidos que emergen en la práctica. En esa medida, el interés no se concentra en la mera secuencia de actividades realizadas, sino en los núcleos de sentido, las mediaciones simbólicas y las tensiones que se configuraron a lo largo del ciclo, permitiendo discutir cómo el tejido puede operar como un lenguaje social para narrar y compartir vivencias en un espacio comunitario situado.

1. Planteamiento del problema

Aunque la sociología ha desarrollado ampliamente la noción de memoria colectiva como proceso social, una parte significativa de la investigación se ha concentrado en sus expresiones institucionalizadas: archivos, conmemoraciones, políticas públicas o monumentos. Este énfasis ha sido fundamental para comprender las dimensiones públicas del recuerdo; sin embargo, ha dejado menos exploradas las formas cotidianas mediante las cuales determinados grupos elaboran vivencias fuera de esos marcos oficiales.

En espacios comunitarios sostenidos en el tiempo circulan afectos, silencios y narrativas fragmentarias que rara vez ingresan a repertorios institucionales de memoria. Allí, el recuerdo no siempre se organiza como testimonio formal ni como relato lineal, sino que puede emerger de manera indirecta, mediado por objetos, gestos y prácticas materiales que habilitan formas alternativas de elaboración de lo vivido.

Entre las prácticas históricamente asociadas al ámbito doméstico y al trabajo femenino se encuentran el tejido y el bordado. Cuando estas actividades se desarrollan en contextos colectivos y con continuidad temporal, pueden constituirse en escenarios relacionales donde se comparten experiencias sin necesidad de formalizarlas discursivamente. Sin embargo, afirmar de manera general que el tejido “expresa memoria” resulta analíticamente insuficiente si no se examina cómo se produce esa mediación en una experiencia concreta.

En el municipio de Itagüí, históricamente vinculado a la industria textil, el grupo comunitario Madejas de la Memoria, adscrito a la Biblioteca Diego Echavarría Misas, encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025 con participación regular de 12 a 15 mujeres adultas. En estos talleres, el hacer textil se articuló con lecturas, dinámicas simbólicas y espacios de conversación colectiva, configurando un espacio donde memoria, afectividad y vínculo parecían entrelazarse.

El problema que orienta esta sistematización no consiste en describir las actividades realizadas ni en asumir de antemano el carácter expresivo del tejido, sino en comprender de qué manera el hacer textil adquiere capacidad de operar como lenguaje: es decir, como medio a través del cual se elaboran vivencias, se comparten recuerdos y se construyen sentidos compartidos en el marco del encuentro comunitario.

En consecuencia, el desafío central consiste en reconstruir críticamente el ciclo

desarrollado durante ese año para identificar los mecanismos relacionales y simbólicos mediante los cuales una práctica manual se convierte en mediación expresiva para la elaboración y circulación de lo vivido.

En este marco se formula la siguiente pregunta orientadora:

1.1. Pregunta de sistematización

¿De qué manera el tejido se convierte en un lenguaje que permite a las mujeres del grupo *Madeiras de la memoria* narrar y compartir sus vivencias?

1.2. Antecedentes

En Colombia, el cruce entre prácticas textiles y memoria ha sido abordado con especial fuerza en investigaciones vinculadas a contextos de conflicto armado, activismo político y procesos de reparación simbólica. Estas aproximaciones han sido fundamentales para desplazar el tejido del lugar de “manualidad” hacia el de mediación narrativa y dispositivo de memoria, mostrando que el hacer textil puede constituirse en forma legítima de producción de sentido social.

Un referente importante en este campo es el dossier *Prácticas textimoniales: narrativas, resistencias y formas del hacer textil* publicado en la Revista CS (González-Arango et al., 2022). Este número temático reúne investigaciones que analizan el textil como forma de inscripción material de experiencias colectivas, particularmente en escenarios de resistencia y documentación social. El dossier no solo legitima el tejido como lenguaje cultural, sino que lo sitúa en marcos donde la memoria se enuncia explícitamente como acto político o testimonial. En este sentido, consolida un campo de estudio en el que el textil aparece vinculado a procesos de denuncia, memoria histórica y reivindicación pública.

En esa misma línea se inscribe el trabajo de Babativa-Chirivi (2022), quien analiza el colectivo Tejedores de Resistencia en Bogotá a través de una investigación empírica centrada en el crochet como práctica de construcción de sentidos compartidos. La autora muestra que el hacer reiterado organiza pertenencias, afectos y posicionamientos frente a la ciudad, evidenciando que la práctica manual produce significado en la acción misma. Sin embargo, el colectivo estudiado

posee una orientación activista explícita, lo que implica que la dimensión política y testimonial forma parte constitutiva de su identidad.

Por su parte, Pérez-Bustos et al. (2022) examinan haceres textiles desarrollados por mujeres en contextos atravesados por el conflicto armado colombiano. Su análisis desplaza el foco del objeto terminado hacia el proceso del hacer, subrayando la dimensión relacional y afectiva del tejido como forma de recomposición de la vida cotidiana. Este trabajo resulta especialmente relevante porque muestra cómo la práctica textil permite narrar experiencias de violencia y desplazamiento desde registros no exclusivamente verbales. No obstante, el estudio se sitúa en escenarios donde la memoria está directamente articulada al daño y a procesos de reparación.

Más recientemente, Sarmiento Galvis (2025), en su tesis de grado sobre el colectivo Mujeres Haciendo Memoria en Bogotá, analiza etnográficamente un costurero urbano que se asume explícitamente como espacio de construcción comunitaria de memoria. La autora demuestra que el bordado organiza conversaciones, simbolizaciones y narrativas compartidas, configurándose como dispositivo de memoria colectiva. Este antecedente se aproxima de manera directa al problema aquí planteado, en tanto articula memoria y práctica textil desde un estudio de caso cualitativo. Sin embargo, el colectivo estudiado se define a sí mismo como espacio de memoria, lo que implica que la dimensión conmemorativa y testimonial forma parte declarada de su identidad.

En conjunto, estas investigaciones consolidan un campo en el que el tejido es comprendido como mediación de memoria, resistencia y documentación social en escenarios donde la dimensión política o testimonial es explícita. No obstante, permanece menos explorado el modo en que el hacer textil puede devenir lenguaje en contextos culturales cotidianos que no se declaran activistas ni se constituyen formalmente como espacios de memoria histórica.

En este punto se sitúa el aporte de la presente investigación. A diferencia de los antecedentes mencionados, el grupo Madejas de la Memoria desarrolló sus encuentros entre febrero y julio de 2025 en el marco de una biblioteca comunitaria, sin definirse como colectivo de denuncia ni como archivo de memoria del conflicto. La pregunta que orienta esta sistematización no es cómo el tejido documenta la violencia o articula resistencia política, sino bajo qué condiciones relacionales y simbólicas, en un espacio cultural cotidiano, la práctica textil puede configurarse como lenguaje para narrar y compartir vivencias vinculadas a la memoria afectiva,

familiar y territorial

2. Justificación

La pertinencia de esta sistematización radica en el cruce entre memoria colectiva y prácticas culturales comunitarias que no se inscriben en dispositivos institucionalizados. Analizar una experiencia sostenida de tejido permite examinar cómo una actividad históricamente asociada al ámbito doméstico puede adquirir densidad sociológica cuando se desarrolla en un espacio estable de encuentro. El interés no se limita a describir un taller cultural, sino a comprender bajo qué condiciones una práctica manual se convierte en mediación para compartir y elaborar experiencias.

Desde el punto de vista teórico, el trabajo aporta a la sociología de la memoria al desplazar la mirada hacia escenarios donde el recuerdo no se organiza como conmemoración oficial ni como archivo formal. En la experiencia analizada, la memoria circula en registros materiales, afectivos y cotidianos que amplían el repertorio desde el cual puede pensarse la producción social de sentido sobre lo vivido. Este desplazamiento resulta relevante porque permite incorporar al análisis formas de memoria que no se estructuran como relato público legitimado, pero que configuran vínculos y pertenencias.

La investigación adquiere además relevancia al abordar el tejido y el bordado como prácticas históricamente feminizadas y culturalmente subvaloradas. Tradicionalmente ubicadas en el ámbito doméstico, estas actividades han sido consideradas expresiones menores frente a otras formas culturales reconocidas como legítimas. Analizarlas como prácticas relacionales permite evidenciar su capacidad de articular experiencias, sostener encuentros y producir significados compartidos, cuestionando jerarquías culturales que invisibilizan ciertos saberes.

En el plano territorial, el estudio se desarrolla en Itagüí, municipio con una trayectoria histórica ligada a la industria textil. Examinar una práctica comunitaria contemporánea en este contexto posibilita comprender cómo saberes heredados se reconfiguran en espacios locales actuales. La experiencia analizada no se limita a reproducir una técnica, sino que la resignifica en clave relacional, articulando memoria, pertenencia y experiencia cotidiana.

Desde el punto de vista metodológico, la elección de la sistematización de experiencia responde a la necesidad de producir conocimiento a partir de un proceso vivido y acompañado desde dentro. Este enfoque permite reconstruir críticamente la dinámica del grupo, identificar tensiones y aprendizajes, y formular una interpretación situada que no se reduce a la observación

externa. La sistematización aporta así a la comprensión de cómo prácticas sostenidas en el tiempo adquieren espesor simbólico en la interacción comunitaria.

En conjunto, este estudio contribuye a visibilizar espacios donde mujeres elaboran experiencias y construyen vínculos desde registros no hegemónicos. Reconocer estas formas de producción simbólica resulta fundamental para ampliar la mirada sociológica sobre los modos cotidianos en que se configura la vida comunitaria y se tramita colectivamente lo vivido.

3. Objetivos

3.1. Objetivo general

Comprender cómo, en el marco de los encuentros del grupo Madejas de la Memoria desarrollados durante seis meses en 2025, el tejido se configura como lenguaje para narrar y compartir vivencias.

3.2. Objetivos específicos

- Reconstruir críticamente el proceso desarrollado por el grupo Madejas de la Memoria durante el ciclo, identificando las dinámicas relacionales y las mediaciones prácticas que estructuraron los encuentros.
- Identificar los núcleos de sentido y las configuraciones simbólicas que emergieron en las prácticas textiles y en las interacciones comunitarias.
- Analizar cómo los significados atribuidos a los tejidos configuran sentidos compartidos sobre las vivencias de las mujeres participantes.

4. Marco teórico/ Marco Conceptual

Abordar el tejido como objeto de análisis sociológico exige interrogarlo más allá de su estatuto técnico o artesanal. No se trata de identificar qué representa una pieza ni de atribuirle un significado externo, sino de comprender bajo qué condiciones una práctica material puede convertirse en espacio de elaboración de experiencia. El tejido interesa aquí en tanto práctica, es decir, como forma de acción situada que organiza temporalidad, interacción y producción de sentido.

La perspectiva de Ingold (2013) permite situar el problema en este nivel. El hacer no consiste en ejecutar una forma previamente concebida ni en imponer significado sobre una materia pasiva. La forma emerge en la relación entre cuerpo, materialidad y continuidad del gesto. En este sentido, el tejido no es simplemente el soporte donde se inscribe una vivencia anterior; es el proceso mediante el cual la experiencia puede reconfigurarse. El ritmo reiterativo, la posibilidad de deshacer y rehacer, la atención sostenida en el trabajo manual constituye momentos en los que el significado se produce en la acción misma. Esta concepción sitúa el tejido como categoría central porque desplaza el análisis del objeto al proceso y del resultado a la práctica compartida.

Sin embargo, que una práctica produzca significado no implica que ese significado adquiera carácter colectivo. Para que la experiencia se transforme en memoria compartida es necesario un marco relacional que la reconozca y la estabilice. Halbwachs (1992) mostró que la memoria no es acumulación individual de recuerdos, sino reconstrucción situada en marcos sociales que orientan qué se recuerda y cómo se recuerda. El pasado no se conserva intacto; se reorganiza en interacción. Desde esta perspectiva, el interés no reside en los contenidos recordados, sino en las condiciones sociales que hacen posible su circulación.

La memoria, además, no se constituye en un campo homogéneo. Pollak (2006) advierte que recordar supone seleccionar, y que dicha selección está atravesada por jerarquías simbólicas. Algunas experiencias acceden a narrativas legitimadas, mientras otras permanecen en registros menos visibles. Esta dimensión es fundamental para comprender el estatuto del tejido: como práctica históricamente asociada al ámbito doméstico y a trayectorias femeninas, ocupa un lugar ambiguo en la jerarquía cultural. Precisamente por esa ubicación, puede constituirse en mediación para vivencias que no encuentran fácilmente inscripción en relatos formales. Así, la memoria colectiva no aparece aquí como conmemoración institucional, sino como proceso relacional que puede encontrar en la práctica material un espacio de elaboración.

La posibilidad de que esa elaboración se sostenga en el tiempo remite a la dimensión disposicional de la práctica. El concepto de *habitus* propuesto por Bourdieu (1990) permite comprender que las formas de actuar, percibir y relacionarse no responden únicamente a decisiones conscientes, sino a esquemas

incorporados que estructuran la experiencia social. Las disposiciones que regulan la escucha, el acompañamiento, la paciencia o el silencio no son cualidades individuales aisladas; se inscriben en trayectorias sociales y configuran modos de interacción relativamente estables.

En este marco, el tejido puede adquirir dimensión de lenguaje cuando se inscribe en disposiciones relacionales que estabilizan el espacio comunitario como ámbito de confianza. La repetición del gesto, la continuidad de los encuentros y la materialidad compartida no solo organizan una actividad manual; producen condiciones bajo las cuales determinadas vivencias pueden circular sin necesidad de formalización narrativa. El lenguaje no se reduce aquí a discurso verbal, sino que se configura como mediación entre práctica, memoria y reconocimiento.

La sistematización de experiencia se incorpora como horizonte interpretativo que permite reconstruir esta articulación conceptual en el análisis del proceso desarrollado en Madejas de la Memoria. Siguiendo a Jara Holliday (2018), sistematizar implica interpretar críticamente un proceso vivido para identificar las condiciones sociales que configuraron sus sentidos. En esta investigación, la sistematización no se limita a ordenar acontecimientos ni a describir talleres; constituye la estrategia mediante la cual se examina cómo práctica, memoria y disposiciones se entrelazan en un contexto específico.

De este modo, el tejido no se presenta aquí como ejemplo ilustrativo de teorías previas, sino como práctica capaz de poner en relación materialidad, memoria y disposición. Lo decisivo no es atribuirle significado, sino examinar las condiciones bajo las cuales el hacer mismo puede constituirse en mediación de experiencia. Interrogar el tejido en estos términos supone desplazar el análisis del contenido recordado hacia los procesos sociales que permiten que lo vivido adquiera forma compartida.

5. Metodología

El trabajo se desarrolló a partir de la sistematización de la experiencia construida en los encuentros del grupo Madejas de la Memoria, encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025. El foco no estuvo en observar un fenómeno externo, sino en reconstruir críticamente un proceso en el que participé como practicante de sociología. A lo largo de seis meses de sesiones periódicas, el tejido se articuló con lecturas, conversaciones y dinámicas simbólicas. El propósito metodológico consistió en examinar cómo, en ese proceso sostenido, fueron emergiendo sentidos compartidos en torno al hacer textil y a las vivencias que circulaban en el grupo.

La experiencia sistematizada corresponde a doce encuentros realizados entre febrero y julio de 2025 en la Biblioteca Diego Echavarría Misas del municipio de Itagüí. En cada mes se desarrollaron dos sesiones: una orientada a la apertura temática del taller y otra al cierre y elaboración de la actividad propuesta. La participación fue estable, con un grupo regular de entre 12 y 15 mujeres adultas. Las actividades combinaron práctica textil, lectura de textos breves, trabajo simbólico con objetos cotidianos y conversación colectiva.

La producción del material empírico se dio de manera simultánea al desarrollo del proceso. Después de cada encuentro se elaboró un diario de campo (12 en total), donde se registraron escenas específicas, interacciones significativas, fragmentos textuales de intervenciones de las participantes y observaciones sobre la dinámica grupal. Estos registros no se limitaron a consignar lo ocurrido, sino que incluyeron primeras notas interpretativas que posteriormente fueron revisadas críticamente.

A su vez, se recopilaron 86 registros fotográficos correspondientes a piezas textiles en proceso, objetos intervenidos y composiciones finales. Estas imágenes no se utilizaron como ilustración estética, sino como insumos analíticos para examinar la dimensión material del lenguaje textil: elección de colores, palabras bordadas, reutilización de prendas y transformaciones realizadas en los talleres.

Finalmente, se revisaron los documentos institucionales del plan de actividades 2025, lo que permitió contextualizar la experiencia dentro de la programación cultural de la biblioteca y comprender las orientaciones iniciales del proyecto.

El análisis se desarrolló en tres niveles articulados. En primer lugar, se reconstruyó la secuencia completa de los encuentros para identificar momentos de inflexión, continuidades y

transformaciones en la dinámica del grupo. En segundo lugar, se realizó una lectura transversal de los diarios de campo y de los registros visuales con el fin de identificar recurrencias temáticas. De este proceso emergieron núcleos analíticos como memoria familiar, resignificación de objetos, cuidado relacional y evocación territorial. En tercer lugar, estos núcleos fueron interpretados a la luz del marco conceptual trabajado (Halbwachs, Pollak, Ingold y Bourdieu), no como aplicación mecánica de teoría, sino como diálogo crítico que permitió comprender las condiciones sociales bajo las cuales el tejido adquirió densidad expresiva.

La posición desde la cual se realiza esta sistematización corresponde a mi rol como practicante de sociología vinculada a la biblioteca durante el periodo analizado. Esta condición implicó un doble alcance dentro del proceso: participación en la facilitación de los encuentros y registro reflexivo de la experiencia. La proximidad permitió acceder a dimensiones relacionales y afectivas que difícilmente serían visibles desde una observación externa. Al mismo tiempo, exigió un ejercicio constante de distanciamiento analítico al momento de interpretar lo vivido. La reflexividad no se entendió como neutralidad imposible, sino como reconocimiento explícito de la posición desde la cual se produce el análisis.

En términos éticos, se garantizó la confidencialidad de las participantes. Los fragmentos citados fueron seleccionados omitiendo datos sensibles y preservando el anonimato. La sistematización no persigue exponer historias individuales, sino comprender los sentidos colectivos producidos en el proceso comunitario.

La unidad de análisis estuvo constituida por escenas significativas registradas en los diarios de campo, fragmentos de conversación emergentes durante los encuentros y las inscripciones simbólicas presentes en las piezas textiles elaboradas. El proceso analítico implicó una codificación inductiva orientada a identificar recurrencias temáticas y condiciones relacionales que permitieran comprender cómo el hacer textil adquiriría dimensión expresiva. La triangulación entre registros escritos, visuales y documentales fortaleció la consistencia interpretativa.

6. Resultados

6.1. Configuración del proceso y construcción progresiva del espacio comunitario:

El proceso desarrollado por el grupo comunitario *Madeiras de la Memoria* durante los encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025 no puede comprenderse como una sucesión de talleres aislados ni como una programación cultural fragmentada. El análisis del ciclo evidencia que se trató de un proceso articulado en el que el hacer textil estructuró progresivamente la experiencia colectiva. Durante seis meses se realizaron dos encuentros mensuales: uno orientado a la apertura temática y otro destinado a profundizar y socializar los avances. Esta regularidad temporal no solo aseguró continuidad organizativa, sino que permitió que las actividades trascendieran la dimensión técnica y configuraran un espacio progresivamente más denso en términos relacionales y expresivos.

Figura 1

Encuentro colectivo de trabajo textil en la Biblioteca Diego Echavarría Misas (febrero–julio 2025).



La estructura quincenal instaló una lógica acumulativa. Cada primer encuentro introducía un eje simbólico como: soltar, cuidar, recordar, habitar, mapear, proyectar y el segundo permitía ampliar su elaboración en un ambiente de mayor confianza. Los sentidos construidos en una sesión no se clausuraban al finalizar la actividad; permanecían como referencias implícitas que

reaparecían en encuentros posteriores. De este modo, la memoria grupal no se constituyó como archivo formal, sino como sedimentación progresiva de experiencias compartidas sostenidas en la continuidad del vínculo y en la repetición del gesto manual.

El ciclo se inició con el trabajo sobre prendas usadas. Intervenir, desbaratar y reconstruir piezas que habían sido conservadas durante años introdujo desde el comienzo una comprensión del tejido como práctica que dialoga con lo ya vivido. La acción de deshacer no fue presentada como error técnico, sino como posibilidad legítima de revisar y transformar. Varias participantes expresaron vacilación antes de cortar una prenda significativa; una de ellas comentó: *“Me da cosa dañarla... pero también quiero que siga conmigo de otra forma.”* En este gesto se hizo visible una tensión entre conservar y transformar. La intervención textil permitió reinscribir el objeto en una nueva forma sin negar su carga afectiva, mostrando que la elaboración de vivencias puede producirse materialmente, no únicamente mediante el relato verbal.

Posteriormente, el eje del cuidado amplió el campo relacional del grupo. La elaboración de amigurumis concebidos como amuletos protectores activó referencias familiares y vínculos significativos. Mientras tejía, una participante señaló: *“Lo estoy haciendo pensando en mi nieta, para que la acompañe.”* El objeto no operó como simple figura decorativa, sino como condensación tangible de afectos. El cuidado dejó de ser una categoría abstracta para convertirse en práctica compartida, inscrita en la materialidad del tejido.

En encuentros posteriores, la intervención de objetos domésticos vinculados a rutinas cotidianas como pocillos asociados al café, lo cual desplazó la memoria hacia registros sensoriales. Los recuerdos emergieron desde escenas mínimas: cocinas familiares, conversaciones repetidas, gestos heredados. El hacer textil ofreció un soporte donde esas evocaciones pudieron inscribirse a través de palabras bordadas, colores seleccionados y texturas conservadas. La memoria se manifestó entonces como experiencia incorporada, anclada en el cuerpo y en los sentidos.

El trabajo sobre Itagüí como territorio sensible introdujo una dimensión colectiva. Las piezas elaboradas articularon trayectorias personales con referencias urbanas compartidas, evocando experiencias laborales y memorias locales. Una participante afirmó: *“Yo no pienso Itagüí como un lugar, sino como todo lo que he vivido aquí.”* Lo íntimo y lo territorial comenzaron a entrelazarse, ampliando el alcance simbólico del proceso sin romper con los ejes anteriores.

En los meses finales, la elaboración de composiciones textiles y del bolso asociado a la metáfora del “camino” permitió integrar el recorrido del semestre. El bolso condensó el tiempo compartido y los aprendizajes acumulados. Una mujer expresó al finalizar: *“Uno llega aquí con una cosa y sale con otra.”* El objeto funcionó como síntesis material de una experiencia relacional sostenida en el tiempo, más que como simple producto final.

En conjunto, el proceso mostró que la continuidad temporal, el ritmo del trabajo manual y la estabilidad del vínculo construyeron las condiciones para que el espacio se consolidara como comunidad. La narración no fue exigida ni formalizada; emergió de manera situada en el hacer compartido. La configuración progresiva del espacio comunitario constituyó la base sobre la cual el tejido pudo convertirse en un lenguaje expresivo.

Figura 2

Participación intergeneracional en los encuentros de tejido comunitario.



En algunos encuentros, la presencia de participantes de distintas edades amplió la densidad relacional del espacio. La incorporación de una niña que compartía la mesa con mujeres adultas no transformó el ritmo del taller, pero sí hizo visible la continuidad simbólica del hacer textil más allá de una generación específica. El gesto compartido, repetido en edades distintas, reforzó la dimensión comunitaria del proceso y permitió observar que el tejido no solo articula memorias pasadas, sino también posibilidades de transmisión.

6.2. Narrativas y símbolos en las creaciones textiles: el tejido como lenguaje expresivo.

Las creaciones textiles elaboradas durante el ciclo no funcionaron únicamente como productos artesanales, sino como soportes simbólicos donde se inscribieron vivencias, afectos y memorias situadas. Cada eje temático organizó un campo de significación que orientó la práctica manual y permitió identificar núcleos de sentido recurrentes: resignificación del pasado, cuidado afectivo, memoria sensorial, pertenencia territorial y proyección futura.

Figura 3

Piezas bordadas con inscripción simbólica y figuras narrativas.



Nota. Archivo del proceso Madejas de la Memoria.

En el trabajo con prendas intervenidas, el sentido emergió en el acto mismo de transformar el objeto. Desbaratar adquirió el valor simbólico de revisar y recomenzar. La resignificación no ocurrió únicamente al finalizar la pieza, sino en la posibilidad de intervenir sin borrar la historia previa. Las prendas dejaron de ser recuerdos inmóviles para convertirse en materia activa de elaboración.

Figura 4

Intervención colectiva de prendas conservadas como soporte de memoria.



En el eje del cuidado, los amigurumis materializaron vínculos y deseos de protección. Tejer se asoció con acompañar, sostener y preservar. La figura producida condensó una relación significativa sin requerir una narración extensa. La expresión se dio a través del objeto y del gesto compartido.

La intervención de objetos domésticos vinculados al café permitió reconocer que la memoria cotidiana se activa desde registros sensoriales. Los recuerdos no aparecieron como acontecimientos extraordinarios, sino como escenas familiares repetidas en la experiencia doméstica. El tejido ofreció un medio para inscribir esas evocaciones en formas visibles sin exigir su formalización discursiva completa.

La dimensión territorial introdujo configuraciones simbólicas donde lo personal y lo colectivo se entrelazaron. Bordar referencias a Itagüí implicó inscribir en la pieza trayectorias laborales, historias de barrio y memorias locales. El territorio dejó de ser fondo geográfico para convertirse en experiencia vivida y compartida.

En las composiciones finales, la narración adoptó una forma fragmentaria. Las piezas no organizaron la experiencia en relatos lineales, sino en combinaciones de palabras, colores y retazos que condensaron aspectos significativos de la trayectoria personal. Una participante afirmó frente a su trabajo: “*Son pedacitos de lo que soy.*” Esta modalidad evidenció que la coherencia colectiva no dependió de una historia única, sino de la resonancia simbólica entre trayectorias diversas.

Las configuraciones simbólicas identificadas muestran que el tejido operó como medio para elaborar vivencias en registros materiales, fragmentarios y sensibles. Los sentidos no se localizaron exclusivamente en el objeto terminado, sino en el proceso compartido de producción y circulación de significados.

6.3. El tejido como lenguaje: procesos de elaboración y circulación de vivencias:

El hallazgo central de la sistematización es que, a lo largo del ciclo desarrollado por *Madeiras de la Memoria* durante los encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025, el tejido adquirió progresivamente una función expresiva que excede su carácter artesanal. En este proceso comunitario, el hacer textil se configuró como un lenguaje social en la medida en que habilitó formas particulares de narración, elaboración y circulación de vivencias dentro de un espacio sostenido en el tiempo.

Hablar del tejido como lenguaje no implica asumirlo como metáfora retórica ni como simple acompañamiento de la conversación. Lo que se observó en el desarrollo de los encuentros es que la práctica textil generó condiciones para que ciertas experiencias pudieran emerger sin necesidad de estructurarse como relatos lineales o testimonios formales. Las vivencias no circularon principalmente como historias completas, sino como fragmentos, alusiones, símbolos inscritos en objetos y evocaciones sensibles que adquirieron sentido en el marco del vínculo comunitario.

En este contexto, el lenguaje textil no reemplazó la palabra, pero sí amplió los repertorios disponibles para expresar lo vivido. La memoria se activó a través de materiales cargados de historia, la afectividad se inscribió en figuras tejidas como gestos de cuidado, y lo territorial se volvió parte del registro simbólico del grupo mediante piezas que articularon biografía y lugar. De este modo, la experiencia mostró que el tejido funciona como mediación cultural: permite elaborar vivencias sin exigir su exposición total, compartirlas sin traducirlas completamente a discurso, y sostenerlas en una materialidad que conserva huellas del proceso.

Este apartado desarrolla cuatro momentos analíticos que permiten comprender cómo ocurre esta conversión del tejido en lenguaje comunitario: la activación de memorias en objetos cotidianos, el cuidado como condición relacional de la narración, la inscripción sensorial y territorial de la experiencia, y la condensación simbólica del recorrido en las composiciones

finales.

6.3.1. Activación de la memoria en la materialidad cotidiana:

Uno de los momentos más significativos del ciclo sistematizado fue el trabajo orientado a intervenir prendas antiguas. Aunque la propuesta se presentó inicialmente como un ejercicio textil transformar una pieza en desuso mediante bordado, corte o reconstrucción, el desarrollo del encuentro permitió observar que la prenda funcionó como soporte de memoria afectiva y como mediación para elaborar vivencias vinculadas principalmente al ámbito familiar.

La consigna no solicitaba materiales neutros, sino objetos ya inscritos en una trayectoria. Traer una prenda que “ya no se usara, pero que tampoco se hubiera botado” introdujo un desplazamiento decisivo: el taller no partía de la tela como materia disponible, sino de la ropa como fragmento conservado de una historia cotidiana. Desde el inicio, las participantes manipularon las piezas con una atención particular: las extendían lentamente, las doblaban antes de intervenirlas, las sostenían como si su valor excediera el plano técnico. Esa gestualidad anticipaba que el objeto no era intercambiable, sino portador de vínculos.

Antes de comenzar a coser o cortar, varias mujeres explicaron por qué habían elegido esa prenda. Las referencias familiares emergieron con fuerza. Una participante señaló: “Ya no me queda, pero me la regaló mi mamá cuando cumplí años.” Otra comentó mientras acomodaba una camiseta pequeña: “*Era de mi hijo cuando estaba en el colegio... la guardé todos estos años.*”

Estas evocaciones no aparecieron como testimonios solicitados ni como relatos extensos. Surgieron de manera situada, en el contacto con el objeto, mostrando que la memoria no se activa únicamente a través de narrativas estructuradas, sino también mediante materialidades que condensan escenas domésticas, afectos y etapas de vida. El recuerdo se articuló aquí en un registro cotidiano: no monumental ni institucional, pero socialmente significativo.

El momento crítico del ejercicio no residió únicamente en la evocación, sino en la decisión de intervenir la prenda. Cortar o desbaratar una tela cargada de historia produjo vacilación. Varias participantes detuvieron el gesto antes del primer corte. Una expresó: “*Me da cosa dañarla... pero también quiero que siga conmigo de otra forma.*”

En esa frase se condensa una tensión central: transformar sin borrar, modificar sin traicionar el vínculo. La intervención textil permitió trabajar simbólicamente sobre el tiempo y

sobre la experiencia. La prenda dejó de operar como objeto guardado intacto y se convirtió en materia transformable. El tejido funcionó aquí como lenguaje precisamente porque habilitó un modo indirecto de elaboración: no se trataba de narrar el pasado en forma exhaustiva, sino de reinscribirlo materialmente en una nueva forma.

En ese desplazamiento de prenda conservada a prenda intervenida se observa uno de los mecanismos fundamentales por los cuales el tejido se convierte en lenguaje dentro de la experiencia comunitaria: no como representación directa del pasado, sino como medio situado para elaborarlo, resignificarlo y hacerlo circular en un horizonte compartido.

6.3.2. *Cuidado y vínculo como condiciones de la narración:*

Si en el apartado anterior la memoria se activó a partir de la materialidad de objetos cargados de historia, en este momento del proceso se hizo evidente que ninguna elaboración hubiera sido posible sin la consolidación previa de un clima relacional específico. El tejido no operó como lenguaje únicamente por su capacidad simbólica, sino porque el espacio comunitario produjo condiciones de cuidado que hicieron viable la circulación de vivencias.

A lo largo de los encuentros, el cuidado no apareció inicialmente como tema declarado, sino como práctica cotidiana. Se manifestó en gestos concretos: repetir una explicación sin impaciencia, ajustar el ritmo al de quien avanzaba más lento, celebrar un logro pequeño, ofrecer ayuda sin invadir el proceso de la otra. Estas disposiciones no fueron accesorias; constituyeron la base sobre la cual el lenguaje textil pudo sostenerse. Sin ese entramado relacional, la materialidad del tejido no habría tenido la misma capacidad expresiva.

El taller orientado a la elaboración de amigurumis concebidos como amuletos protectores permitió observar con claridad esta dimensión. La actividad invitaba a tejer una figura pequeña asociada simbólicamente al cuidado. Mientras avanzaban en el proceso, varias participantes comenzaron a referirse espontáneamente a personas significativas. Una mujer comentó mientras ajustaba los puntos: *“Yo lo estoy haciendo pensando en mi nieta... como para que la acompañe.”* Otra agregó, casi en voz baja: *“Uno teje como quien cuida, despacio, con paciencia.”*

Estas intervenciones no se formularon como confesiones ni como relatos estructurados; surgieron en la continuidad del gesto manual. El amigurumi dejó de ser una figura decorativa y se convirtió en soporte material de una relación. La intención de protección no se explicó

extensamente, sino que se inscribió en el objeto tejido.

Tan importante como lo dicho fue la forma en que fue recibido. No hubo dramatización ni interrupciones que desplazaran el centro hacia quien hablaba. Las demás continuaron tejiendo, algunas asentían, otras compartían experiencias similares. La narración circuló sin convertirse en escena confesional. El cuidado no se proclamó; se practicó.

Este aspecto resulta central para comprender cómo el tejido se configura como lenguaje. La posibilidad de compartir vivencias no depende exclusivamente del objeto trabajado, sino de las condiciones relacionales que estructuran el encuentro. La confianza no fue un supuesto previo, sino una construcción progresiva sostenida por la regularidad de los encuentros y por la reiteración de gestos de reconocimiento mutuo.

La gestión del error ofrece otro indicio significativo. Cuando una participante se equivocaba en una puntada, la reacción colectiva no fue de presión ni de frustración. En uno de los encuentros, ante la necesidad de desbaratar una parte del tejido, una mujer expresó con tranquilidad: *“Desbarata sin miedo, que aquí estamos aprendiendo.”*

La frase, en apariencia técnica, encierra una dimensión simbólica relevante. Desbaratar dejó de ser señal de fracaso para convertirse en posibilidad legítima de recomienzo. Esta disposición reforzó un clima donde equivocarse no implicaba perder lugar dentro del grupo. La autorización del error amplió las condiciones para que las experiencias personales pudieran emerger sin temor a juicio o exposición excesiva.

En este marco, la narración adoptó una forma particular. No se organizaron turnos de palabra ni se solicitó a nadie contar su historia. Las vivencias aparecieron en comentarios breves, en alusiones laterales, en referencias que se deslizaban mientras las manos avanzaban sobre el hilo. La conversación no interrumpía el hacer; se integraba a él. El silencio tampoco fue incómodo: formó parte del ritmo compartido.

El cuidado, entonces, no puede entenderse únicamente como contenido temático del proceso. Funcionó como condición estructural del lenguaje textil. Allí donde se estabilizó un vínculo sostenido en el respeto por el ritmo de cada una y en la legitimación de la diferencia, la memoria encontró espacio para circular. El tejido se convirtió en lenguaje no solo por lo que representaba simbólicamente, sino porque se practicó en un marco relacional que hizo posible compartir sin exigir formalización completa.

En este sentido, lo que se configuró no fue simplemente un taller artesanal acompañado

de conversaciones afectivas, sino una forma comunitaria de elaboración de lo vivido. El cuidado organizó la interacción y permitió que las vivencias circularan sostenidas por una red de reconocimiento mutuo. El lenguaje textil emergió, así, como articulación entre materialidad y vínculo.

6.3.3. Memoria sensorial y territorio: inscripción situada de la experiencia colectiva.

A medida que el ciclo avanzó, la experiencia mostró que la memoria no se activa únicamente a través de relatos explícitos ni mediante evocaciones deliberadas del pasado. En varios encuentros, lo recordado emergió desde registros distintos a la palabra: desde lo sensorial, lo corporal y lo territorial. Este desplazamiento permitió observar que la elaboración de vivencias no se organiza exclusivamente como narración verbal, sino como experiencia situada que se ancla en objetos, sabores, texturas y referencias compartidas sobre el lugar.

Uno de los talleres propuso trabajar con objetos domésticos asociados a la vida cotidiana, particularmente a partir de la metáfora de la memoria como sabor. La intervención de pocillos vinculados al café abrió un espacio donde los recuerdos aparecieron no como grandes acontecimientos, sino como escenas mínimas de la experiencia familiar. Mientras sostenía el objeto antes de intervenirlo, una participante comentó: *“Mi abuela siempre tomaba café en una taza así... me acordé de la cocina de la casa.”* Otra añadió, casi como una constatación compartida: *“Esos momentos sencillos son los que más se quedan.”*

Lo significativo de estas evocaciones es que no se estructuraron como reconstrucción cronológica del pasado. El recuerdo surgió a partir del contacto con el objeto, como activación sensorial más que como relato organizado. El pocillo funcionó como detonante: no era solo un soporte para bordar o decorar, sino una materialidad cotidiana que condensaba rutinas, afectos y gestos heredados. La memoria emergió desde lo aparentemente ordinario, mostrando que lo vivido se conserva muchas veces en registros no discursivos.

En este punto, el tejido operó como lenguaje en la medida en que permitió inscribir esas evocaciones en una forma visible. Bordar sobre un objeto doméstico implicó traducir un recuerdo en gesto, en color, en textura. No se trató de narrar exhaustivamente la escena evocada, sino de hacerla presente a través de una intervención mínima. Lo recordado no se dijo completamente; se materializó.

La dimensión sensorial se hizo evidente también en la forma en que las participantes hablaban del tacto del hilo, del olor del café o de la repetición de ciertas prácticas familiares. La memoria apareció anclada en el cuerpo. Las manos, al repetir un punto, acompañaban un recuerdo; el objeto intervenido conservaba una huella que excedía lo decorativo. El tejido habilitó una forma de inscripción donde la experiencia se sostuvo en la materialidad.

Estas evocaciones adquirieron densidad en el marco colectivo. Recordar no fue un ejercicio introspectivo aislado. Una escena doméstica resonaba en otra similar; una referencia abría una nueva asociación. El grupo funcionó como espacio de reconocimiento donde lo cotidiano adquiría valor compartido. Lo que en otro contexto podría parecer anecdótico encontró legitimidad en la proximidad y en la escucha.

El eje territorial amplió esta inscripción situada de la experiencia. En el taller orientado a pensar Itagüí como “territorio sensible”, las participantes elaboraron piezas que articularon recuerdos personales con referencias urbanas compartidas. El municipio no apareció como simple escenario físico, sino como trama afectiva. Una mujer expresó mientras bordaba una palabra asociada al barrio: *“Yo no pienso Itagüí como un lugar, sino como todo lo que he vivido aquí.”*

Otra evocó su experiencia laboral en fábricas textiles del municipio, relacionando su trayectoria con la historia productiva del territorio. En estos relatos breves, el territorio dejó de ser fondo geográfico para convertirse en experiencia encarnada.

Bordar Itagüí no implicó representar un mapa literal. Significó inscribir trayectorias, trabajos, recorridos y pertenencias en una superficie textil. Las piezas producidas articularon biografía y lugar sin necesidad de convertir la memoria territorial en relato oficial. La referencia al municipio circuló en símbolos, palabras sueltas y decisiones cromáticas que condensaron experiencias compartidas.

En este movimiento, el tejido actuó como mediación entre lo íntimo y lo colectivo. Las memorias familiares se enlazaron con historias locales; las escenas domésticas encontraron continuidad en recorridos urbanos y laborales. La experiencia mostró que la memoria territorial no se narra necesariamente como historia homogénea, sino como fragmento vivido, como inscripción parcial que encuentra eco en otras trayectorias.

La práctica textil habilitó así una inscripción situada de lo vivido. Lo recordado apareció anclado en objetos domésticos, en sabores heredados y en referencias territoriales compartidas. La memoria que circuló no fue monumental ni institucional; fue cotidiana, corporal y relacional. El

tejido se convirtió en lenguaje porque ofreció un registro donde estas vivencias pudieron adquirir forma sin requerir formalización narrativa completa.

6.3.4. *Narración fragmentaria y condensación simbólica del proceso:*

En la etapa final del ciclo, el trabajo con composiciones textiles y la elaboración del bolso asociado a la metáfora del “camino” permitió observar un desplazamiento significativo en la forma en que las vivencias circulaban dentro del espacio comunitario. Si en momentos anteriores la memoria se activó a partir de objetos específicos o de registros sensoriales y territoriales, en esta fase se hizo evidente que el tejido había comenzado a operar como un lenguaje estabilizado: no solo como mediación ocasional, sino como forma reconocida de narración fragmentaria.

El ejercicio de collage textil invitó a combinar palabras, colores, retazos y símbolos que representaran aspectos significativos de la trayectoria personal. Lo que emergió no fueron relatos lineales con inicio, desarrollo y cierre, sino composiciones abiertas donde la experiencia se expresó en fragmentos. Una participante señaló al observar su pieza: *“Esto no es una historia completa... son pedacitos de lo que soy.”* Otra añadió mientras bordaba una palabra sobre la tela: *“Hay cosas que uno no sabe explicar, pero aquí se sienten.”*

Estas expresiones permiten comprender que la narración no se organizó en términos formales, sino como articulación simbólica de elementos dispersos. La experiencia no se contó como historia cerrada; se condensó. El tejido ofreció un soporte donde vivencias heterogéneas — familiares, laborales, afectivas pudieron coexistir sin necesidad de jerarquizarlas ni ordenarlas cronológicamente.

Esta modalidad de narración fragmentaria resulta sociológicamente relevante porque cuestiona la idea de que la memoria debe estructurarse como relato lineal para adquirir sentido colectivo. En el espacio comunitario, la coherencia no se produjo por secuencia narrativa, sino por resonancia simbólica. Las piezas dialogaban entre sí no porque contaran la misma historia, sino porque compartían un registro común: el lenguaje textil.

El bolso final asociado al “camino” profundizó esta condensación simbólica. La metáfora del camino no fue impuesta como tema cerrado, sino propuesta como imagen abierta para pensar el recorrido vivido durante los seis meses. Al elaborarlo, varias participantes expresaron reflexiones que no se centraron únicamente en el objeto material, sino en el proceso compartido.

Una mujer comentó: *“Esto es como llevarse algo de todo lo que hemos hecho.”* Otra afirmó: *“Uno llega aquí con una cosa y sale con otra.”*

Estas frases no describen el bolso como producto artesanal, sino como símbolo de transformación y continuidad. El objeto condensó el tiempo compartido, las conversaciones sostenidas, los errores desbaratados y los aprendizajes acumulados. No operó únicamente como cierre material, sino como síntesis de una experiencia relacional.

En este punto se observa con claridad cómo el tejido se configura como lenguaje. El bolso no representa literalmente el proceso, pero lo inscribe en una forma tangible que conserva su huella. La experiencia no se archiva únicamente en un documento escrito; permanece también en objetos que materializan el recorrido colectivo.

Hacia el final del ciclo, esta consolidación se hizo evidente en un aspecto particular: las participantes ya no necesitaban explicar extensamente el sentido de cada pieza. Bastaba mostrarla, sostenerla, nombrar una palabra bordada. El grupo reconocía el registro compartido. El tejido había dejado de ser solo actividad manual para convertirse en medio común de expresión.

La narración fragmentaria, entonces, no implicó dispersión ni ausencia de sentido. Por el contrario, permitió que cada trayectoria encontrara lugar sin ser subsumida en un relato unificado. La comunidad no se construyó a partir de una historia totalizante, sino desde la articulación de experiencias diversas mediadas por un lenguaje material compartido.

Así, la condensación simbólica del proceso en las composiciones finales y en el bolso del “camino” no clausura la experiencia, sino que la inscribe en una materialidad que conserva su carácter abierto. El tejido se estabiliza como lenguaje porque articula memoria, temporalidad y vínculo sin exigir formalización narrativa completa, permitiendo que lo vivido circule de manera situada, sensible y comunitaria

7. Discusión

7.1. El hacer textil como mediación relacional: temporalidad, cuidado y condiciones de posibilidad.

Los resultados permiten afirmar que el proceso sistematizado no operó únicamente como una secuencia de actividades manuales, sino como un espacio relacional sostenido cuya estructura temporal resultó decisiva para la elaboración de vivencias. La regularidad de los encuentros y la organización en ciclos temáticos no solo garantizaron continuidad organizativa, sino que produjeron una temporalidad compartida que favoreció la construcción progresiva de confianza y reconocimiento mutuo. Esta dimensión temporal se revela como condición estructural del proceso: sin repetición, sin estabilidad y sin permanencia en el tiempo, difícilmente habrían emergido los niveles de elaboración simbólica observados.

En este punto, los hallazgos dialogan con la noción de marcos sociales de la memoria propuesta por Halbwachs (1992), quien sostiene que el recuerdo no se produce de manera aislada, sino en estructuras colectivas que lo sostienen y organizan. En la experiencia analizada, el marco no fue una institución formal ni un dispositivo conmemorativo, sino el espacio comunitario mismo, sostenido por la regularidad del encuentro y por una dinámica relacional basada en el acompañamiento. La memoria se activó porque existía un escenario que autorizaba su circulación.

Asimismo, la dimensión del cuidado se configura como elemento central. No se trató únicamente de un contenido temático abordado en algunos talleres, sino de una disposición relacional que organizó la interacción: respeto por los ritmos, validación del error, escucha no invasiva y ausencia de juicio. Desde la perspectiva de Bourdieu (1990), puede leerse como la constitución progresiva de un habitus relacional compartido, donde ciertas prácticas —esperar, acompañar, desbaratar sin temor— se estabilizaron como formas legítimas de estar juntas. Este entramado simbólico generó las condiciones para que experiencias personales pudieran emerger sin convertirse en exposición forzada.

De este modo, el hacer textil no puede comprenderse únicamente como técnica artesanal, sino como mediación relacional que articula tiempo, vínculo y materialidad. La lentitud del gesto manual, su carácter repetitivo y su ritmo sostenido configuraron una atmósfera distinta a la de otros espacios sociales marcados por la productividad o la urgencia. En esa temporalidad

expandida, la palabra no ocupó un lugar central ni exclusivo; emergió de manera lateral, acompañando el hacer. Esta característica resulta clave para comprender cómo ciertas vivencias encontraron formas de expresión no necesariamente discursivas.

Figura 5

Práctica textil en proceso: concentración y gesto manual sostenido.



7.2. Configuraciones simbólicas y núcleos de sentido: memoria, cuidado, cotidianidad y territorio.

El segundo eje de discusión se vincula con la identificación de los núcleos de sentido que estructuraron el proceso. Los resultados muestran que las prácticas textiles permitieron la emergencia de configuraciones simbólicas articuladas principalmente en torno a cuatro dimensiones: memoria afectiva, cuidado, cotidianidad y territorio. Estas no aparecieron como categorías impuestas desde fuera, sino como sentidos que se consolidaron progresivamente en la práctica.

La intervención de prendas usadas evidenció que la memoria se activa en relación con objetos cargados de historia. La prenda no funcionó como material neutro, sino como soporte de vínculos familiares y etapas de vida. La acción de desbaratar y reconstruir permitió trabajar simbólicamente sobre el tiempo, habilitando una resignificación material del pasado. Este hallazgo se articula con Pollak (2006), quien plantea que existen memorias subterráneas o no

hegemónicas que circulan en espacios alternativos a los relatos oficiales. Las escenas domésticas y familiares evocadas en el proceso no pertenecen al registro monumental de la memoria pública, pero adquieren densidad social en el espacio comunitario.

La dimensión del cuidado, por su parte, se expresó en objetos concebidos como amuletos protectores y en la intencionalidad atribuida a las piezas elaboradas. El gesto de tejer se vinculó con la idea de acompañamiento, protección y presencia. Aquí el símbolo no operó como representación externa, sino como condensación material de afectos. En diálogo con Ingold (2013), puede afirmarse que el sentido no preexiste al objeto, sino que emerge en el proceso mismo de hacer. La significación se produce en el gesto, en la repetición de la puntada y en la interacción sostenida que acompaña la elaboración.

La cotidianidad también se consolidó como núcleo central. Las evocaciones vinculadas a objetos domésticos mostraron que la memoria no se organiza únicamente alrededor de acontecimientos extraordinarios, sino en gestos mínimos, sabores, texturas y escenas repetidas. Esta dimensión sensorial desplaza la comprensión de la memoria como archivo narrativo hacia una perspectiva encarnada y situada. La experiencia confirma que lo vivido se conserva en registros corporales y materiales que encuentran en el hacer textil una vía de inscripción.

Finalmente, el territorio emergió como horizonte ampliado de significación. La referencia a la ciudad y a trayectorias laborales permitió articular vivencias individuales con imaginarios compartidos. El espacio urbano no fue abordado como representación abstracta, sino como experiencia vivida y recorrida. De este modo, lo íntimo y lo colectivo se entrelazaron en las piezas producidas, configurando una trama simbólica donde biografía y territorio dialogan.

7.3. El tejido como lenguaje social: elaboración y circulación de vivencias.

El tercer eje de discusión se vincula con el modo en que el tejido, en este tipo de experiencia comunitaria, no opera únicamente como una práctica manual o un recurso estético, sino como una mediación cultural capaz de habilitar formas específicas de elaboración de vivencias. En este sentido, afirmar que el tejido se configura como lenguaje implica reconocer que la producción de sentido no se organiza exclusivamente a través de la palabra, sino también mediante registros materiales, sensibles y relacionales que hacen posible la circulación de memorias situadas.

Desde esta perspectiva, el tejido se convierte en lenguaje no porque sustituya el discurso verbal, sino porque amplía los modos disponibles para narrar lo vivido. La experiencia mostró que muchas evocaciones no emergieron en forma de relatos extensos ni de testimonios estructurados, sino a través de símbolos parciales: una prenda intervenida, un objeto bordado, una palabra mínima inscrita en la tela. Esta forma de expresión fragmentaria resulta sociológicamente relevante porque cuestiona la centralidad del relato lineal como único formato legítimo de memoria.

En diálogo con Halbwachs (1992), puede afirmarse que la memoria no se activa como interioridad individual, sino dentro de marcos sociales que autorizan y organizan lo recordable. En el proceso observado, el marco no fue una institución formal ni un dispositivo conmemorativo, sino el espacio comunitario sostenido por el hacer compartido. El tejido permitió que ciertos recuerdos circularan porque existía una estructura relacional que los hacía posibles: la repetición de los encuentros, la confianza construida y el reconocimiento mutuo entre mujeres que compartían un tiempo y un ritmo común.

Asimismo, los resultados permiten discutir que las memorias que emergieron en el grupo no corresponden al registro monumental de lo público, sino a vivencias cotidianas, domésticas y afectivas que rara vez adquieren visibilidad en los relatos oficiales. Pollak (2006) denomina este tipo de experiencias memorias subterráneas: memorias que permanecen al margen de las narrativas dominantes, pero que encuentran espacios alternativos de circulación. En este caso, el hacer textil operó como soporte cultural para que esas memorias pudieran inscribirse sin necesidad de convertirse en discurso formal. La tela y el hilo funcionaron como registro donde lo vivido podía aparecer sin ser totalizado.

Esta dimensión material del lenguaje resulta central. Desde la perspectiva de Ingold (2013), el sentido no se añade al objeto terminado como interpretación externa, sino que emerge en el proceso mismo de hacer. En la experiencia analizada, la resignificación no ocurrió únicamente cuando la pieza estaba concluida, sino durante el gesto repetido de bordar, desbaratar o recomponer. La práctica no fue un medio para representar una vivencia previa, sino un modo de elaborarla en acto. El tejido produjo comprensión porque permitió trabajar el tiempo vivido en una materialidad transformable.

En este punto, también es importante discutir que esta elaboración simbólica no depende exclusivamente del objeto, sino de las condiciones sociales que estructuran la interacción. La

posibilidad de narrar fragmentariamente se sostuvo en un clima relacional específico, marcado por prácticas de cuidado: paciencia, acompañamiento, legitimación del error y ausencia de juicio. Desde Bourdieu (1990), puede leerse como la constitución de disposiciones compartidas, un habitus comunitario donde ciertas formas de estar juntas se consolidaron como base para la circulación de experiencias. El lenguaje textil, entonces, no es solamente una capacidad simbólica de la técnica, sino una articulación entre materialidad y vínculo.

De este modo, el aporte principal del proceso sistematizado no consiste en afirmar que el tejido es “expresivo” en un sentido general, sino en mostrar que, bajo determinadas condiciones sociales, puede convertirse en un lenguaje situado que permite elaborar vivencias sin exigir su traducción completa en palabras. Lo que circuló en el grupo no fue un relato homogéneo ni una memoria unificada, sino una trama de fragmentos compartidos que encontraron en la práctica textil un soporte legítimo.

En síntesis, la discusión permite sostener que el tejido se configura como lenguaje social cuando articula tres dimensiones inseparables: una temporalidad sostenida que habilita continuidad, una materialidad que permite inscribir símbolos y una red relacional que valida la expresión. Esta articulación hace posible que memorias afectivas, territoriales y cotidianas encuentren formas de elaboración comunitaria en registros no hegemónicos. Así, el hacer textil no puede reducirse a manualidad recreativa, sino que aparece como práctica cultural donde se producen sentidos compartidos sobre lo vivido

8. Conclusiones

La sistematización permitió comprender que el tejido se constituye en lenguaje no por una cualidad inherente a la técnica, sino por las condiciones sociales que sostienen su práctica. En los encuentros desarrollados entre febrero y julio de 2025, el hacer compartido estabilizó un espacio en el que las vivencias pudieron circular sin depender exclusivamente del relato verbal. El lenguaje no se expresó únicamente en lo dicho, sino en la materialidad intervenida, en el ritmo reiterado del gesto y en la interacción que acompañó cada proceso de creación.

La reconstrucción del proceso mostró que la continuidad temporal y la regularidad de los encuentros no fueron aspectos organizativos secundarios, sino condiciones decisivas para que la experiencia adquiriera densidad expresiva. El tejido dejó de ser una actividad manual aislada en la medida en que el grupo consolidó un marco de confianza donde compartir recuerdos —familiares, territoriales, afectivos— se volvió posible sin necesidad de formalización narrativa. La elaboración no ocurrió únicamente en las piezas producidas, sino en la conversación, en los silencios y en la posibilidad de deshacer y rehacer como gesto simbólico.

El análisis de las creaciones textiles evidenció que su sentido no estaba fijado en el objeto terminado. Las prendas intervenidas y los símbolos bordados funcionaron como mediaciones que activaron memoria en la interacción. El significado emergió en el intercambio y no como traducción directa de una experiencia previa. En este proceso, la práctica articuló memoria y reconocimiento mutuo en un contexto cultural cotidiano que no se define como espacio de denuncia ni como dispositivo conmemorativo formal.

En ese sentido, la investigación aporta a la comprensión sociológica del tejido al mostrar que su capacidad expresiva depende de la trama relacional que lo sostiene. Allí donde se estabilizan disposiciones de escucha, acompañamiento y continuidad, una práctica material puede devenir lenguaje. La respuesta a la pregunta que orientó este estudio no remite a la pieza textil en sí misma, sino al entramado social que transforma el hacer en forma de narrar y compartir lo vivido.

Referencias

- Babativa-Chirivi, S. M. (2022). Crocheteando sentidos: Experiencias del colectivo Tejedores de Resistencia en Bogotá. *Revista CS*, 38, 49–82
- Bourdieu, P. (1990). *The logic of practice*. Stanford University Press.
- González-Arango, I. C., Cuéllar-Barona, M., Pérez-Bustos, T., Rivera, M. X., & Siman, Y. (2022). Prácticas textimoniales: Narrativas, resistencias y formas del hacer textil. *Revista CS*, 38, 9–15. <https://doi.org/10.18046/recs.i38.5525>
- Halbwachs, M. (1992). *On collective memory*. University of Chicago Press.
- Ingold, T. (2013). *Making: Anthropology, archaeology, art and architecture*. Routledge.
- Jara Holliday, O. (2018). *La sistematización de experiencias: Práctica y teoría para otros mundos posibles* (Edición colombiana). Centro de Estudios y Publicaciones Alforja. [https://www.unc.edu.ar/sites/default/files/La%20sistematizaci%C3%B3n%20de%20experiencias%20-%20Oscar%20Jara%20\(edici%C3%B3n%20colombiana\).pdf](https://www.unc.edu.ar/sites/default/files/La%20sistematizaci%C3%B3n%20de%20experiencias%20-%20Oscar%20Jara%20(edici%C3%B3n%20colombiana).pdf)
- Pérez-Bustos, T., González-Arango, I., Jaramillo-Gómez, O. E., & Palacio-Londoño, D. M. (2022). Haceres textiles para inventarse la vida en medio del conflicto armado colombiano. *Estudios Atacameños*, 68, e4474. <https://hdl.handle.net/10495/29092>
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio: La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Sarmiento Galvis, T. (2025). *Entre hilos y recuerdos: La construcción comunitaria de la memoria de Mujeres Haciendo Memoria (MHM) de la localidad de Suba, Bogotá, Colombia* [Tesis de pregrado, Universidad del Rosario]. Repositorio Institucional Universidad del Rosario. <https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/f7d70b55-c685-4f9a-ba3e-a1fd78088bdf/content>